

de Administración:
Calle CANGALLO 2559
U. T. 4101 Olivos
Valores y giro a nombre de B. V. Masini

Subscripción mensual
En toda la República... \$ 1.50
En el exterior... \$ 1.80

Por nuestros hijos y por el ideal

La situación de los anarquistas dentro de la sociedad actual, por el sólo hecho de ser tales, es violenta en grado sumo. Todo lo que nos rodea es adverso: ambiente, moral, costumbres, todo en una palabra.

Nuestra vida, pues, es poco menos que un martirio; apenas si alcanzamos sus efectos buscándonos aliento entre los compañeros, creándonos un círculo nuestro de suerte que no todo nos resulte sombrío y trágico.

Con ello logramos crear un ambiente anarquista, y estrechamos más íntimamente los lazos de compañerismo que deben unirse. Esto en lo que alina a nuestro vivir; pero en diversas fases de nuestra existencia, por una u otra causa, por falta de voluntad o de medios, no logramos alejar los perniciosos efectos del ambiente actual, y vivimos en consecuencia moral y materialmente martirizados.

Veamos uno de los tantos dolores morales que nos agobian y por el cual, aun cuando tenemos conciencia de un eficaz remedio, poco nos hemos preocupado por ponerlo en práctica. Este es la educación perniciosa, religiosa, falsa y rutin, que nos obliga a dar a nuestros hijos contra nuestra voluntad, contra nuestra conciencia que se subleva airada pero que también se doblega como ante un imposible.

¿Exageraré la nota? Para mí nada hay que me martirice tanto como el tener que enviar los niños a la escuela estatal o a los cursos similares, pensando como amo intrínsecamente la escuela nueva, y comprendiendo que como padre y como anarquista debo tener a honra dejar al borrambo de esta falsa existencia una generación digna, una prole que no sea una copia de la generación que nos precedió. ¿Es un ideal grande, común a todos nosotros, pero como todo ideal de realización problemática, entraña dificultades que para salvarlas es menester una dosis de voluntad y energía colectiva que en vano reclamamos a voz en cuello esa pureza de actos y de todos los terrenos donde se fecunda la rebeldía contra el estado social que aspiramos ver desaparecer. De no hacerlo, bastará que la política encienda un poco más sus medidas para declararse triunfante sobre nuestras instituciones de combate.

Un amigo me escribe diciéndome al respecto que porque los anarquistas somos en gran mayoría solitarios, y porque no todos se han dado cuenta de la gran obra que está llamada a realizar la nueva escuela. ¿Es verdad. Aquí, es doloroso decirlo, los compañeros nos preocupamos un ápice de lo que alina a la educación de nuestros hijos. Problema de tan trascendental importancia para muchos anarquistas, no tiene solución posible. Como que no hay escuelas de las que nosotros anhelamos, mandamos a los hijos a la escuela estatal. Designación musulmana; gesto de vergonzosa impotencia. Mismo que si un hambriento reclamara así: no tengo pan; me mueren de hambre en vez de conquistarlo en cualquier forma...

Si no hay escuelas que debelen fin. Esto es de su propio peso. En artículos anteriores reñí con la necesidad de abandonar esos sueños de grandezas que en algunas gentes un tanto dadas a los cálculos matemáticos con cifras al por mayor. Fundemos escuelas modestas; avanzamos. Hagamos obra práctica. Ya hemos teorizado hasta cansar al lector.

No obstante eso en un próximo artículo sobre el mismo tema exponeré un proyecto en vías de realización, que ha de demostrar a los pesimistas y a los de las grandes aspiraciones, que la labor modesta se lleva a cabo prontamente vitándose pronto sus frutos, en tanto que la labor magna, la que demanda energías que no poseemos, queda en iniciativa, en germen, o muere al dársele al lector.

F. Giribaldi.

Para llenar los claros

A la juventud

Atrevámonos por un período de calma que contrasta visiblemente con el espíritu y las ideas revolucionarias en los momentos precisos que las leyes de conservatismo en pugna con las aspiraciones libertarias, se manifiestan en forma violenta incitando al por sí a una acción profusa de educación y revolución.

Sólo el campo abierto a las iniciativas y a la actividad de los militantes un reducido número se destaca cumpliendo con las obligaciones de la propaganda en sus diferentes aspectos.

La confianza general en la sinceridad y voluntad de estos pocos, pa-

rece que fuera un obstáculo insalvable o un pretexto — injustificado por cierto — para evitar que los nuevos elementos surjan con la espontaneidad del convencimiento, aportando energías y entusiasmos para robustecer y duplicar los medios de agitación que orientan y llevan al seno de las colectividades del trabajo, el germen renovador que ensembla y fortifica la inteligencia predispuesta a servir de motor impulsivo en la realización de actos que concretan el valor y el alcance de la gran lucha social.

La existencia del diario anarquista, es una demostración de vitalidad y pujanza del anarquismo. Y es en mérito a la influencia predominante de las ideas que el sistema de represión se ha hecho exclusiva y calculada, exagerándose no solamente la legislación coercitiva para la contención del pensamiento, y si en mayor grado la persecución sistemática a los individuos cuyos actos más íntimos, en virtud del espionaje establecido — llegan a constituir delito contra el orden público y de acuerdo con la interpretación antojadiza de una elite policial son deportados.

Todo esta obra de eliminación, continúa apartando de la propaganda a cuanto compañero aparece como propagandista o como simple coprador al sostenimiento de cualquier periódico o por el hecho de participar en las comisiones de las sociedades federadas.

Todo esto es irritante por el objetivo que involucra las medidas puestas en práctica y es un motivo harto suficiente para inspirar una reacción eficaz.

Es preciso llenar los claros producidos por las deportaciones: sobran elementos con suficientes aptitudes para ocupar los puestos de responsabilidad en la organización y la propaganda libertaria y sólo falta un poco de decisión para entregarse a esa labor que requiere inteligencia y espíritu de perseverancia.

Hasta cierto punto puede dispensarse el reclutamiento de los extranjeros, pero de ninguna manera a los compañeros nacidos en esta región, y principalmente de los de la capital que han tenido oportunidad de adquirir un caudal de experiencia.

Corresponde pues, que esa juventud justifique el vigor y la lozanía de la vida, incorporándose a la vida activa: la obra de todos los días y de todos los terrenos donde se fecunda la rebeldía contra el estado social que aspiramos ver desaparecer. De no hacerlo, bastará que la política encienda un poco más sus medidas para declararse triunfante sobre nuestras instituciones de combate.

Un amigo me escribe diciéndome al respecto que porque los anarquistas somos en gran mayoría solitarios, y porque no todos se han dado cuenta de la gran obra que está llamada a realizar la nueva escuela. ¿Es verdad. Aquí, es doloroso decirlo, los compañeros nos preocupamos un ápice de lo que alina a la educación de nuestros hijos. Problema de tan trascendental importancia para muchos anarquistas, no tiene solución posible. Como que no hay escuelas de las que nosotros anhelamos, mandamos a los hijos a la escuela estatal. Designación musulmana; gesto de vergonzosa impotencia. Mismo que si un hambriento reclamara así: no tengo pan; me mueren de hambre en vez de conquistarlo en cualquier forma...

Si no hay escuelas que debelen fin. Esto es de su propio peso. En artículos anteriores reñí con la necesidad de abandonar esos sueños de grandezas que en algunas gentes un tanto dadas a los cálculos matemáticos con cifras al por mayor. Fundemos escuelas modestas; avanzamos. Hagamos obra práctica. Ya hemos teorizado hasta cansar al lector.

No obstante eso en un próximo artículo sobre el mismo tema exponeré un proyecto en vías de realización, que ha de demostrar a los pesimistas y a los de las grandes aspiraciones, que la labor modesta se lleva a cabo prontamente vitándose pronto sus frutos, en tanto que la labor magna, la que demanda energías que no poseemos, queda en iniciativa, en germen, o muere al dársele al lector.

F. Giribaldi.

Para llenar los claros

A la juventud

Atrevámonos por un período de calma que contrasta visiblemente con el espíritu y las ideas revolucionarias en los momentos precisos que las leyes de conservatismo en pugna con las aspiraciones libertarias, se manifiestan en forma violenta incitando al por sí a una acción profusa de educación y revolución.

Sólo el campo abierto a las iniciativas y a la actividad de los militantes un reducido número se destaca cumpliendo con las obligaciones de la propaganda en sus diferentes aspectos.

La confianza general en la sinceridad y voluntad de estos pocos, pa-

rece que fuera un obstáculo insalvable o un pretexto — injustificado por cierto — para evitar que los nuevos elementos surjan con la espontaneidad del convencimiento, aportando energías y entusiasmos para robustecer y duplicar los medios de agitación que orientan y llevan al seno de las colectividades del trabajo, el germen renovador que ensembla y fortifica la inteligencia predispuesta a servir de motor impulsivo en la realización de actos que concretan el valor y el alcance de la gran lucha social.

La existencia del diario anarquista, es una demostración de vitalidad y pujanza del anarquismo. Y es en mérito a la influencia predominante de las ideas que el sistema de represión se ha hecho exclusiva y calculada, exagerándose no solamente la legislación coercitiva para la contención del pensamiento, y si en mayor grado la persecución sistemática a los individuos cuyos actos más íntimos, en virtud del espionaje establecido — llegan a constituir delito contra el orden público y de acuerdo con la interpretación antojadiza de una elite policial son deportados.

Todo esta obra de eliminación, continúa apartando de la propaganda a cuanto compañero aparece como propagandista o como simple coprador al sostenimiento de cualquier periódico o por el hecho de participar en las comisiones de las sociedades federadas.

Todo esto es irritante por el objetivo que involucra las medidas puestas en práctica y es un motivo harto suficiente para inspirar una reacción eficaz.

Es preciso llenar los claros producidos por las deportaciones: sobran elementos con suficientes aptitudes para ocupar los puestos de responsabilidad en la organización y la propaganda libertaria y sólo falta un poco de decisión para entregarse a esa labor que requiere inteligencia y espíritu de perseverancia.

Hasta cierto punto puede dispensarse el reclutamiento de los extranjeros, pero de ninguna manera a los compañeros nacidos en esta región, y principalmente de los de la capital que han tenido oportunidad de adquirir un caudal de experiencia.

Corresponde pues, que esa juventud justifique el vigor y la lozanía de la vida, incorporándose a la vida activa: la obra de todos los días y de todos los terrenos donde se fecunda la rebeldía contra el estado social que aspiramos ver desaparecer. De no hacerlo, bastará que la política encienda un poco más sus medidas para declararse triunfante sobre nuestras instituciones de combate.

Un amigo me escribe diciéndome al respecto que porque los anarquistas somos en gran mayoría solitarios, y porque no todos se han dado cuenta de la gran obra que está llamada a realizar la nueva escuela. ¿Es verdad. Aquí, es doloroso decirlo, los compañeros nos preocupamos un ápice de lo que alina a la educación de nuestros hijos. Problema de tan trascendental importancia para muchos anarquistas, no tiene solución posible. Como que no hay escuelas de las que nosotros anhelamos, mandamos a los hijos a la escuela estatal. Designación musulmana; gesto de vergonzosa impotencia. Mismo que si un hambriento reclamara así: no tengo pan; me mueren de hambre en vez de conquistarlo en cualquier forma...

Si no hay escuelas que debelen fin. Esto es de su propio peso. En artículos anteriores reñí con la necesidad de abandonar esos sueños de grandezas que en algunas gentes un tanto dadas a los cálculos matemáticos con cifras al por mayor. Fundemos escuelas modestas; avanzamos. Hagamos obra práctica. Ya hemos teorizado hasta cansar al lector.

No obstante eso en un próximo artículo sobre el mismo tema exponeré un proyecto en vías de realización, que ha de demostrar a los pesimistas y a los de las grandes aspiraciones, que la labor modesta se lleva a cabo prontamente vitándose pronto sus frutos, en tanto que la labor magna, la que demanda energías que no poseemos, queda en iniciativa, en germen, o muere al dársele al lector.

F. Giribaldi.

Para llenar los claros

A la juventud

Atrevámonos por un período de calma que contrasta visiblemente con el espíritu y las ideas revolucionarias en los momentos precisos que las leyes de conservatismo en pugna con las aspiraciones libertarias, se manifiestan en forma violenta incitando al por sí a una acción profusa de educación y revolución.

Sólo el campo abierto a las iniciativas y a la actividad de los militantes un reducido número se destaca cumpliendo con las obligaciones de la propaganda en sus diferentes aspectos.

La confianza general en la sinceridad y voluntad de estos pocos, pa-

rece que fuera un obstáculo insalvable o un pretexto — injustificado por cierto — para evitar que los nuevos elementos surjan con la espontaneidad del convencimiento, aportando energías y entusiasmos para robustecer y duplicar los medios de agitación que orientan y llevan al seno de las colectividades del trabajo, el germen renovador que ensembla y fortifica la inteligencia predispuesta a servir de motor impulsivo en la realización de actos que concretan el valor y el alcance de la gran lucha social.

La existencia del diario anarquista, es una demostración de vitalidad y pujanza del anarquismo. Y es en mérito a la influencia predominante de las ideas que el sistema de represión se ha hecho exclusiva y calculada, exagerándose no solamente la legislación coercitiva para la contención del pensamiento, y si en mayor grado la persecución sistemática a los individuos cuyos actos más íntimos, en virtud del espionaje establecido — llegan a constituir delito contra el orden público y de acuerdo con la interpretación antojadiza de una elite policial son deportados.

Todo esta obra de eliminación, continúa apartando de la propaganda a cuanto compañero aparece como propagandista o como simple coprador al sostenimiento de cualquier periódico o por el hecho de participar en las comisiones de las sociedades federadas.

Todo esto es irritante por el objetivo que involucra las medidas puestas en práctica y es un motivo harto suficiente para inspirar una reacción eficaz.

Es preciso llenar los claros producidos por las deportaciones: sobran elementos con suficientes aptitudes para ocupar los puestos de responsabilidad en la organización y la propaganda libertaria y sólo falta un poco de decisión para entregarse a esa labor que requiere inteligencia y espíritu de perseverancia.

Hasta cierto punto puede dispensarse el reclutamiento de los extranjeros, pero de ninguna manera a los compañeros nacidos en esta región, y principalmente de los de la capital que han tenido oportunidad de adquirir un caudal de experiencia.

Corresponde pues, que esa juventud justifique el vigor y la lozanía de la vida, incorporándose a la vida activa: la obra de todos los días y de todos los terrenos donde se fecunda la rebeldía contra el estado social que aspiramos ver desaparecer. De no hacerlo, bastará que la política encienda un poco más sus medidas para declararse triunfante sobre nuestras instituciones de combate.

Un amigo me escribe diciéndome al respecto que porque los anarquistas somos en gran mayoría solitarios, y porque no todos se han dado cuenta de la gran obra que está llamada a realizar la nueva escuela. ¿Es verdad. Aquí, es doloroso decirlo, los compañeros nos preocupamos un ápice de lo que alina a la educación de nuestros hijos. Problema de tan trascendental importancia para muchos anarquistas, no tiene solución posible. Como que no hay escuelas de las que nosotros anhelamos, mandamos a los hijos a la escuela estatal. Designación musulmana; gesto de vergonzosa impotencia. Mismo que si un hambriento reclamara así: no tengo pan; me mueren de hambre en vez de conquistarlo en cualquier forma...

Si no hay escuelas que debelen fin. Esto es de su propio peso. En artículos anteriores reñí con la necesidad de abandonar esos sueños de grandezas que en algunas gentes un tanto dadas a los cálculos matemáticos con cifras al por mayor. Fundemos escuelas modestas; avanzamos. Hagamos obra práctica. Ya hemos teorizado hasta cansar al lector.

No obstante eso en un próximo artículo sobre el mismo tema exponeré un proyecto en vías de realización, que ha de demostrar a los pesimistas y a los de las grandes aspiraciones, que la labor modesta se lleva a cabo prontamente vitándose pronto sus frutos, en tanto que la labor magna, la que demanda energías que no poseemos, queda en iniciativa, en germen, o muere al dársele al lector.

F. Giribaldi.

Para llenar los claros

A la juventud

Atrevámonos por un período de calma que contrasta visiblemente con el espíritu y las ideas revolucionarias en los momentos precisos que las leyes de conservatismo en pugna con las aspiraciones libertarias, se manifiestan en forma violenta incitando al por sí a una acción profusa de educación y revolución.

Sólo el campo abierto a las iniciativas y a la actividad de los militantes un reducido número se destaca cumpliendo con las obligaciones de la propaganda en sus diferentes aspectos.

La confianza general en la sinceridad y voluntad de estos pocos, pa-

rece que fuera un obstáculo insalvable o un pretexto — injustificado por cierto — para evitar que los nuevos elementos surjan con la espontaneidad del convencimiento, aportando energías y entusiasmos para robustecer y duplicar los medios de agitación que orientan y llevan al seno de las colectividades del trabajo, el germen renovador que ensembla y fortifica la inteligencia predispuesta a servir de motor impulsivo en la realización de actos que concretan el valor y el alcance de la gran lucha social.

La existencia del diario anarquista, es una demostración de vitalidad y pujanza del anarquismo. Y es en mérito a la influencia predominante de las ideas que el sistema de represión se ha hecho exclusiva y calculada, exagerándose no solamente la legislación coercitiva para la contención del pensamiento, y si en mayor grado la persecución sistemática a los individuos cuyos actos más íntimos, en virtud del espionaje establecido — llegan a constituir delito contra el orden público y de acuerdo con la interpretación antojadiza de una elite policial son deportados.

Todo esta obra de eliminación, continúa apartando de la propaganda a cuanto compañero aparece como propagandista o como simple coprador al sostenimiento de cualquier periódico o por el hecho de participar en las comisiones de las sociedades federadas.

Todo esto es irritante por el objetivo que involucra las medidas puestas en práctica y es un motivo harto suficiente para inspirar una reacción eficaz.

Es preciso llenar los claros producidos por las deportaciones: sobran elementos con suficientes aptitudes para ocupar los puestos de responsabilidad en la organización y la propaganda libertaria y sólo falta un poco de decisión para entregarse a esa labor que requiere inteligencia y espíritu de perseverancia.

Hasta cierto punto puede dispensarse el reclutamiento de los extranjeros, pero de ninguna manera a los compañeros nacidos en esta región, y principalmente de los de la capital que han tenido oportunidad de adquirir un caudal de experiencia.

Corresponde pues, que esa juventud justifique el vigor y la lozanía de la vida, incorporándose a la vida activa: la obra de todos los días y de todos los terrenos donde se fecunda la rebeldía contra el estado social que aspiramos ver desaparecer. De no hacerlo, bastará que la política encienda un poco más sus medidas para declararse triunfante sobre nuestras instituciones de combate.

Un amigo me escribe diciéndome al respecto que porque los anarquistas somos en gran mayoría solitarios, y porque no todos se han dado cuenta de la gran obra que está llamada a realizar la nueva escuela. ¿Es verdad. Aquí, es doloroso decirlo, los compañeros nos preocupamos un ápice de lo que alina a la educación de nuestros hijos. Problema de tan trascendental importancia para muchos anarquistas, no tiene solución posible. Como que no hay escuelas de las que nosotros anhelamos, mandamos a los hijos a la escuela estatal. Designación musulmana; gesto de vergonzosa impotencia. Mismo que si un hambriento reclamara así: no tengo pan; me mueren de hambre en vez de conquistarlo en cualquier forma...

Si no hay escuelas que debelen fin. Esto es de su propio peso. En artículos anteriores reñí con la necesidad de abandonar esos sueños de grandezas que en algunas gentes un tanto dadas a los cálculos matemáticos con cifras al por mayor. Fundemos escuelas modestas; avanzamos. Hagamos obra práctica. Ya hemos teorizado hasta cansar al lector.

No obstante eso en un próximo artículo sobre el mismo tema exponeré un proyecto en vías de realización, que ha de demostrar a los pesimistas y a los de las grandes aspiraciones, que la labor modesta se lleva a cabo prontamente vitándose pronto sus frutos, en tanto que la labor magna, la que demanda energías que no poseemos, queda en iniciativa, en germen, o muere al dársele al lector.

F. Giribaldi.

Para llenar los claros

A la juventud

Atrevámonos por un período de calma que contrasta visiblemente con el espíritu y las ideas revolucionarias en los momentos precisos que las leyes de conservatismo en pugna con las aspiraciones libertarias, se manifiestan en forma violenta incitando al por sí a una acción profusa de educación y revolución.

Sólo el campo abierto a las iniciativas y a la actividad de los militantes un reducido número se destaca cumpliendo con las obligaciones de la propaganda en sus diferentes aspectos.

La confianza general en la sinceridad y voluntad de estos pocos, pa-

rece que fuera un obstáculo insalvable o un pretexto — injustificado por cierto — para evitar que los nuevos elementos surjan con la espontaneidad del convencimiento, aportando energías y entusiasmos para robustecer y duplicar los medios de agitación que orientan y llevan al seno de las colectividades del trabajo, el germen renovador que ensembla y fortifica la inteligencia predispuesta a servir de motor impulsivo en la realización de actos que concretan el valor y el alcance de la gran lucha social.

La existencia del diario anarquista, es una demostración de vitalidad y pujanza del anarquismo. Y es en mérito a la influencia predominante de las ideas que el sistema de represión se ha hecho exclusiva y calculada, exagerándose no solamente la legislación coercitiva para la contención del pensamiento, y si en mayor grado la persecución sistemática a los individuos cuyos actos más íntimos, en virtud del espionaje establecido — llegan a constituir delito contra el orden público y de acuerdo con la interpretación antojadiza de una elite policial son deportados.

Todo esta obra de eliminación, continúa apartando de la propaganda a cuanto compañero aparece como propagandista o como simple coprador al sostenimiento de cualquier periódico o por el hecho de participar en las comisiones de las sociedades federadas.

Todo esto es irritante por el objetivo que involucra las medidas puestas en práctica y es un motivo harto suficiente para inspirar una reacción eficaz.

Es preciso llenar los claros producidos por las deportaciones: sobran elementos con suficientes aptitudes para ocupar los puestos de responsabilidad en la organización y la propaganda libertaria y sólo falta un poco de decisión para entregarse a esa labor que requiere inteligencia y espíritu de perseverancia.

Hasta cierto punto puede dispensarse el reclutamiento de los extranjeros, pero de ninguna manera a los compañeros nacidos en esta región, y principalmente de los de la capital que han tenido oportunidad de adquirir un caudal de experiencia.

Corresponde pues, que esa juventud justifique el vigor y la lozanía de la vida, incorporándose a la vida activa: la obra de todos los días y de todos los terrenos donde se fecunda la rebeldía contra el estado social que aspiramos ver desaparecer. De no hacerlo, bastará que la política encienda un poco más sus medidas para declararse triunfante sobre nuestras instituciones de combate.

Un amigo me escribe diciéndome al respecto que porque los anarquistas somos en gran mayoría solitarios, y porque no todos se han dado cuenta de la gran obra que está llamada a realizar la nueva escuela. ¿Es verdad. Aquí, es doloroso decirlo, los compañeros nos preocupamos un ápice de lo que alina a la educación de nuestros hijos. Problema de tan trascendental importancia para muchos anarquistas, no tiene solución posible. Como que no hay escuelas de las que nosotros anhelamos, mandamos a los hijos a la escuela estatal. Designación musulmana; gesto de vergonzosa impotencia. Mismo que si un hambriento reclamara así: no tengo pan; me mueren de hambre en vez de conquistarlo en cualquier forma...

Si no hay escuelas que debelen fin. Esto es de su propio peso. En artículos anteriores reñí con la necesidad de abandonar esos sueños de grandezas que en algunas gentes un tanto dadas a los cálculos matemáticos con cifras al por mayor. Fundemos escuelas modestas; avanzamos. Hagamos obra práctica. Ya hemos teorizado hasta cansar al lector.

No obstante eso en un próximo artículo sobre el mismo tema exponeré un proyecto en vías de realización, que ha de demostrar a los pesimistas y a los de las grandes aspiraciones, que la labor modesta se lleva a cabo prontamente vitándose pronto sus frutos, en tanto que la labor magna, la que demanda energías que no poseemos, queda en iniciativa, en germen, o muere al dársele al lector.

F. Giribaldi.

Para llenar los claros

A la juventud

Atrevámonos por un período de calma que contrasta visiblemente con el espíritu y las ideas revolucionarias en los momentos precisos que las leyes de conservatismo en pugna con las aspiraciones libertarias, se manifiestan en forma violenta incitando al por sí a una acción profusa de educación y revolución.

Sólo el campo abierto a las iniciativas y a la actividad de los militantes un reducido número se destaca cumpliendo con las obligaciones de la propaganda en sus diferentes aspectos.

La confianza general en la sinceridad y voluntad de estos pocos, pa-

El avance socialista

Y la propaganda anarquista

No hay que alarmarse por el triunfo electoral obtenido recientemente por el partido socialista. Ello indica que nuestras ideas están más cerca que nunca de la realidad: posibilidad que consistirá en la anulación de todo gobierno. Estamos tan convencidos de que el mal no desaparecerá reduciéndolo, que todo lo tendiente a no hacerlo desaparecer es, para nosotros, perder y hacer perder el tiempo.

La afluencia de diputados socialistas es inevitable a pesar de nuestra prédica. El socialismo no ha fracasado aún a los ojos de los creyentes en que los males no son por la existencia de gobierno y propiedad, sino por las ideas y los hechos de los que gobiernan. En este sentido, pues, la afluencia indica a un ser que, como parte integrante de la humana especie, ha contribuido en su larga, dolorosa historia, de una manera errática, pero no igual, al desarrollo de la civilización, es la que es de rigor siga influyendo poderosamente.

Al deberá comprenderlo quienes sean capaces de abandonar sus hábitos inveterados, de poner sus patrios, tomando una actitud digna y consciente de la filosofía, despojándose de una vez por todas de la tara egoísta que pesa sobre la inteligencia masculina y enarbolar sus juicios, juzgando las cosas en su justa medida y despojados de una sugestión milenaria.

Al deberá comprenderlo quienes sean capaces de abandonar sus hábitos inveterados, de poner sus patrios, tomando una actitud digna y consciente de la filosofía, despojándose de una vez por todas de la tara egoísta que pesa sobre la inteligencia masculina y enarbolar sus juicios, juzgando las cosas en su justa medida y despojados de una sugestión milenaria.

Al deberá comprenderlo quienes sean capaces de abandonar sus hábitos inveterados, de poner sus patrios, tomando una actitud digna y consciente de la filosofía, despojándose de una vez por todas de la tara egoísta que pesa sobre la inteligencia masculina y enarbolar sus juicios, juzgando las cosas en su justa medida y despojados de una sugestión milenaria.

Al deberá comprenderlo quienes sean capaces de abandonar sus hábitos inveterados, de poner sus patrios, tomando una actitud digna y consciente de la filosofía, despojándose de una vez por todas de la tara egoísta que pesa sobre la inteligencia masculina y enarbolar sus juicios, juzgando las cosas en su justa medida y despojados de una sugestión milenaria.

Al deberá comprenderlo quienes sean capaces de abandonar sus hábitos inveterados, de poner sus patrios, tomando una actitud digna y consciente de la filosofía, despojándose de una vez por todas de la tara egoísta que pesa sobre la inteligencia masculina y enarbolar sus juicios, juzgando las cosas en su justa medida y despojados de una sugestión milenaria.

Al deberá comprenderlo quienes sean capaces de abandonar sus hábitos inveterados, de poner sus patrios, tomando una actitud digna y consciente de la filosofía, despojándose de una vez por todas de la tara egoísta que pesa sobre la inteligencia masculina y enarbolar sus juicios, juzgando las cosas en su justa medida y despojados de una sugestión milenaria.

Al deberá comprenderlo quienes sean capaces de abandonar sus hábitos inveterados, de poner sus patrios, tomando una actitud digna y consciente de la filosofía, despojándose de una vez por todas de la tara egoísta que pesa sobre la inteligencia masculina y enarbolar sus juicios, juzgando las cosas en su justa medida y despojados de una sugestión milenaria.

Al deberá comprenderlo quienes sean capaces de abandonar sus hábitos inveterados, de poner sus patrios, tomando una actitud digna y consciente de la filosofía, despojándose de una vez por todas de la tara egoísta que pesa sobre la inteligencia masculina y enarbolar sus juicios, juzgando las cosas en su justa medida y despojados de una sugestión milenaria.

in
ch
the
tr
co
to
sh
v
de
o
C
c
w
e
h
t
g
s
b

L
N
H
F
W
=
n
R
s
c
f
H
h
Y
u
y
d
P

M
A
t
h
E
T
I
I
S
A
I
S
S
U
E